

## PUESTAS DE SOL.

**Y**O no he visto á la gran desaparecida y no he tenido el honor de saludarla más que una vez, en una reunión familiar, hace algunos años. Y quizás no sea yo el llamado á hablar desde la literaria tribuna de EL FIGARO, de la que hoy es un ángel más en el reino de Dios, después de haber sido una santa en la sociedad de los humanos. Pero creo que todo el que tiene una pluma en la prensa habanera, está obligado á trenzar su corona de frases amargamente entristecidas á los piés—ya inmóviles,—de la que por sus virtudes, su filantropía, su patriotismo, su amor evangélico á los desgraciados de la suerte, su alto rango, es digna en la vida, como lo fué en la muerte, de todos los homenajes. Por eso pido al ilustre director de EL FIGARO, paisano y amigo muy querido de la que fué en la tierra Marta Abreu de Estévez,—la buena y santa Marta

Abreu,—un espacio en su revista para escribir mi firma al pié de la humilde ofrenda que la memoria de la irremplazable exige.

Marta Abreu es el primero de los orgullos legítimos de Santa Clara—que tantos motivos tiene de orgullo al contemplarse, como la más hermosa de las madres, en sus hijos. El corazón de la ilustre villareña fué desde que se abrieron sus ojos á la vida de la razón, como un gran vaso de oro en donde se mezclaban la miel de la bondad y el vino de las caritativas obras. Verdadera hija del Cristo, dulce heredera de aquellos lirios del cielo que se llamaron Catalina de Génova, María de Canfal y Juana de Perier, toda su existencia fué un esfuerzo hacia la compasión universal, ya llevara por nombre la angustia de un ser privado de pan ó el dolor de un pueblo privado de libertad. Porque eso fué sobre todo Marta Abreu ante la gratitud enorme de Cuba: una patriota irreductible y una benefactora incansable. La doble corona—cívica y social—resplandece inmarcesible sobre el fondo negro

de la muerte y sus fulgores deslumbran adorablemente todos los ojos.

No es posible dar un paso en las calles de la dulcemente severa Santa Clara, sin que el nombre de Marta pronunciado por todos los labios, no la recuerde y la haga *viva*. Aquí un teatro, allá una calle, por do quiera un signo que revela la diligencia afanosa, la solicitud inquieta para el mejoramiento de su cuna natal;—de tal modo que así como el aroma de una flor encerrada entre dos páginas de un libro perfuma todo el volumen, así el perfume del alma de Marta satura los corazones y las piedras de la ciudad que hoy llora á su primera patricia.

Un compatriota de Marta, un villareño á quien tal hecho ilustrará para *in eternum* en el amor de Cuba, hará lo que nosotros no podemos intentar siquiera en la rapidez de nuestro homenaje: escribir una biografía de la llorada muerta, citando una por una todas sus buenas y útiles obras. Y será ese libro, el *In Memoriam* menos injusto. Nosotros en la agitación dolorosa que esa muerte nos ha producido, no tenemos fuerzas para ese empeño. Cuando los ojos lloran, el pensamiento no coordina. Y todos los ojos lloran hoy, tendidas las pupilas hacia París, hacia el ángulo del cementerio donde duerme, sonriente y buena, en su sueño de Elejida, la que su Patria echa muy de menos. Pero este mismo dolor nuestro, esta misma preocupación de lo que llamamos su fin, nos indica, nos hace creer que la adorable desaparecida no ha muerto. La muerte es extinción, y ella no se ha extinguido en nuestro afecto. La muerte es desaparición de la vida, y Marta está aun más viva en nuestra alma, en nuestro pensamiento y en nuestras palabras que cuando su cuerpo—ánfora de virtud—ennoblecía con su presencia la tierra. En cada corazón tiene un altar, ante cada pensamiento se eleva como un dulce ídolo su bondadosa y severa figura y al nombrarla entre las tristezas de la ausencia, los labios se llenan como si pétalos los acariciaran.

No, Marta Abreu, la incomparable, la dulce, la buena, la santa, la celeste hija de Villaclara y la divina cubana no ha muerto, si es cierto que *vivir* es quedar en las memorias generosas y agradecidas.

Y en ellas queda, más grande que todas las grandezas y más sublime que todas las sublimidades, vencedora de la vida que ella hizo aceptable á los míseros, á fuerza de bondad, y vencedora de la muerte cuya cerviz huella bajo sus piés que calzan las sandalias resplandecientes del recuerdo, inmortal como sus acciones que le aseguran lo que merecen las excepcionalidades:

La Inmortalidad al través del tiempo, al través de la vida y al través de las lágrimas.

1909

PATRIMONIO  
DOCUMENTALOFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA